



ENCUENTRO DIOCESANO DE FAMILIAS

Colegio Sagrada Familia de Elda, 15 de abril 2018

“Haz brillar sobre nosotros la luz de tu rostro, Señor”. Esta súplica que hemos elevado en el Salmo responsorial, se hace realidad para los discípulos de Jesús de entonces y de ahora, merced a la luz de las apariciones del Señor Resucitado. Gracias a esos encuentros con Él los discípulos superan su oscuridad y su duda inicial y se abren al don de la fe; y esta fe les permite entender lo que había sido escrito sobre Él en las Escrituras. La Pascua del Señor permite a los apóstoles mirar con ojos nuevos a Jesús.

El Señor invitó a los apóstoles, y nos invita a nosotros, a mirar con ojos nuevos, además de su persona, su obra de amor y misericordia, lo que Él ha hecho por nosotros, por la Humanidad entera. Con su Resurrección todo adquiere un nuevo significado y de ello serán testigos los apóstoles, como vemos en el libro de los Hechos de los Apóstoles, donde se evidencia su enorme transformación fruto del encuentro con el Resucitado y el don del Espíritu Santo acogido el día de Pentecostés: la muerte se convierte en vida, el sufrimiento en victoria, el odio en amor, la tristeza en alegría, el temor en valor y testimonio. Un testimonio que vemos claramente recogido en la actitud y las palabras de S. Pedro que hemos constatado en la 1ª lectura de este domingo y que reclama arrepentimiento y conversión en los oyentes.

Es muy oportuno pedirle al Señor, por nuestra parte, que seamos cambiados por el acontecimiento Pascual. Ojalá el Señor, a la luz de la Resurrección y del encuentro con Él en el camino de la vida, en el don de su Palabra y de la Eucaristía –como hizo con los de Emaús- nos abra también a nosotros el entendimiento para comprenderle a Él con ojos nuevos y comprender la vida y nuestra vocación desde su luz.

Me permito destacar, desde los relatos evangélicos de este tiempo pascual, que nos fijemos en cómo nos relacionamos con el Señor; es muy

importante una relación personal de amistad con Él. Hoy el Evangelio nos invita a mirar a Jesús en persona, sus manos y sus pies; los signos de su Pasión; sus manos y sus pies clavados en la cruz por cada uno de nosotros; o como el pasado domingo, su costado abierto. Es una invitación directa a acercarnos, a tocarle, a cerciorarnos de los signos de su amor y misericordia.

Jesús resucitado se nos sigue mostrando: mira mis manos hechas para curar y bendecir; mis pies para caminar contigo, para buscarte y encontrarte. Que su gracia nos abra el entendimiento ante una cercanía tan real y entrañable.

Esta misa, en este Encuentro Diocesano de Familias, se materializa a los escasos días de la Exhortación Apostólica “Gaudete et Exultate”. De ella se destaca algo muy relacionado a lo que estábamos diciendo: se ha escrito como dirigida personalmente a cada uno de nosotros, estemos en el estado de vida en el que estemos. Es una invitación personal a seguir a Cristo. Y de modo práctico recuerda los medios de ese camino de seguimiento, de santidad, de unión con el Señor: tiempo para la oración, frecuentar la Eucaristía y la Confesión, hacer examen de conciencia diario, leer asiduamente el Evangelio. Y ello con una clara conexión entre esas actividades “espirituales” y las acciones enraizadas en la misericordia, de ahí, la centralidad de basarse en el cap. 5 de S. Mateo –Las Bienaventuranzas- y el 25, donde se nos recuerda que seremos juzgados según atendimos a las necesidades de los demás. Así, creer, rezar y hacer son inseparables. Recordándonos que el camino a la santidad es combate constante, que hay que estar siempre vigilantes por nuestra debilidad y asechanzas del enemigo de la santidad, y que el discernimiento es preciso en un mundo tan lleno de factores que nos distraen y nos sacan del camino de su Voluntad.

Y a propósito de nuestro Encuentro Diocesano de Familias, de esta preciosa asamblea, traigo aquí unas palabras de la Exhortación, donde el Papa hablando de modelos de santidad, dice: “Del mismo modo, hay muchos matrimonios santos, donde cada uno fue un instrumento de Cristo para la santificación del cónyuge” (GE, 141).

De las diversas referencias –ricas en su visión de la realidad- sobre la familia y el matrimonio en Papa Francisco, como la que hace en los números 66 y 67 de “Ev.Gaudium”; me parece interesante –en esa línea

de santificación mutua de los cónyuges- recordar las “tres Características” que él aplicó al amor matrimonial, a la luz del amor de Cristo a su Iglesia, señalando que debe ser: “fiel”, “perseverante” –del que destaca que debe ser así en los momentos buenos y malos, en los problemas –y “fecundo”- haciendo una alegato firme contra la no fecundidad de los matrimonios producto de una cultura del bienestar egoísta y cerrada... “matrimonio – dirá- que llega a la vejez en soledad, con la amargura de una mala soledad”... por vivir en egoísmo que es no fecundidad. Así se expresaba en una charla (2-6-14) animando al amor ilusionado, al amor en fidelidad, perseverancia y fecundidad a los matrimonios con los que celebró la Eucaristía.

En un día así, acoger el mensaje Pascual hecho de luz para todos es lo debido. Así como acoger el llamamiento a la santidad de la nueva Exhortación de Papa Francisco, vocación universal, que se hace invitación concreta a los bendecidos por el sacramento del Matrimonio y vuestra vocación a la mutua santificación y a la de vuestros hijos y nietos. Ante ellos sois llamados a ser santos, y enviados para ser portadores de la alegría de la Pascua; ese llamamiento de Jesús a quienes tras encontrarse con Él son enviados como testigos de la Buena Nueva de la Resurrección.

Demos gracias a Dios, como Diócesis, por vosotros que hacéis presente el mensaje de amor y de vida, de la Iglesia de Jesús, en el mundo del matrimonio y la familia.

Que no os acobarde la ausencia de la verdad de Dios en la cultura que nos rodea. Que seáis miembros vivos de una Iglesia que no se rinde ante esto, ni ante los propios límites de su humanidad. Sed familias ilusionadas en seguir evangelizando a los más pequeños, los más alejados, los más necesitados. La luz del Resucitado y el don del Espíritu, os acompañe. Así sea.

✠ Jesús Murgui Soriano.

Obispo de Orihuela-Alicante.